



“Las más antiguas representaciones del mundo en los códices prehispánicos”

p. 461-474

Obras de Miguel León-Portilla.

Tomo II. En torno a la historia de Mesoamérica

Miguel León-Portilla

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas/El Colegio Nacional

2004

542 p.

Figuras

ISBN 968-36-9538-8 (obra completa)

ISBN 970-32-1809-1 (volumen II, pasta dura)

ISBN 970-32-1808-3 (volumen II, rústica)

Formato: PDF

Publicado en línea: 30 de junio de 2020

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/obras_leon_portilla/434.html

D. R. © 2020, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



IX. LAS MÁS ANTIGUAS REPRESENTACIONES DEL MUNDO EN LOS CÓDICES PREHISPÁNICOS*

Consta por varios testimonios, sobre todo algunos de Hernán Cortés, que en el México Prehispánico existía ya una cierta forma de cartografía. Así, por ejemplo, cuando Cortés, siendo aún huésped de Motezuma, se propuso explorar las costas del golfo de México en busca de algún ancón o río donde, en el futuro, pudieran tener refugio las embarcaciones que vinieran de Cuba o España, el soberano de Tenochtitlan le respondió:

que no lo sabía pero que él haría pintar toda la costa y ancones y ríos de ella...

Otro día me trajeron, figurada en un paño, toda la costa y en ella aparecía un río que salía a la mar, más abierto, según la figura, que los otros...¹

Como ese mapa que contempló Cortés había otros, conservados probablemente en las *amoxcalli* (“casas de libros”) de las principales poblaciones de Anáhuac y, sobre todo, en poder de los *pochtecas* o mercaderes que marchaban a tierras lejanas, al igual que de los capitanes que comandaban los ejércitos en sus frecuentes campañas.

Si bien ninguno de esos mapas de origen prehispánico ha llegado hasta nosotros, hay en cambio un gran conjunto de manuscritos indígenas elaborados en los años que siguieron a la Conquista, en los que perduran algunos elementos de la cartografía mesoamericana, aunque frecuentemente influida ya por criterios y elementos de origen europeo-hispánicos. De entre esos mapas mencionaré tan sólo algunos de los principales: los que integran el llamado *Códice Xólotl*, los cuatro de *Cuauhtinchan*, el de *Coatlinchan* y el plano sobre papel de maguay.

No obstante la innegable influencia europea hispánica que cabe percibir en algunos de los mapas incluidos en los mencionados códi-

* *Revista de Geografía Universal*, edición Internacional, febrero de 1986, año II, v. 21, n. 1, p. 50-64.

¹ Hernán Cortés, *Segunda Carta de relación*.

ces, también es verdad que en ellos perduran elementos dignos de atención como característicos de la tradición prehispánica. El análisis de tales elementos permitirá sin duda entrever lo que fue y la importancia que llegó a tener la cartografía de los antiguos mexicanos. Por otra parte, aunque por desgracia no se conservan mapas a los que pueda adjudicarse un origen prehispánico, existen en cambio otras representaciones plásticas, éstas sí anteriores a la Conquista, que fueron concebidas como “imágenes del mundo”. En ellas no se delinea una determinada región o provincia sino que se integra lo que los sabios prehispánicos pensaban acerca del universo en función de la suma de doctrinas y creencias que tenían acerca de él.

Cabe decir de estas representaciones que son algo así como “imágenes cosmográficas” en las que, lo que hoy llamamos “naturaleza”, se integra al universo de lo humano y lo divino. Dos son las representaciones de este género —y de comprobado origen prehispánico— que se han conservado hasta el presente. En tanto que una es de procedencia maya, la otra se vincula con la tradición cultural del altiplano central.

Aquí ofrezco una descripción sobre todo de la segunda de las referidas representaciones del universo sagrado de Mesoamérica, estableciendo también varias comparaciones con la otra, es decir, la de procedencia mayense. Antes de acercarnos a estas dos representaciones mesoamericanas del mundo, me referiré sumariamente a los códices en que se incluyen: el *Tro-Cortesiano*, no de origen mayense y el *Fejérváry-Mayer*, de procedencia nahua.

1. CARACTERÍSTICAS DEL CÓDICE TRO-CORTESIANO

El manuscrito que ostenta este nombre compuesto, alusivo al de quienes lo poseyeron (don Juan de Tro y Ortelano y al de Hernán Cortés), fue adquirido en 1875 por el Museo Arqueológico de Madrid. En la actualidad forma parte de los tesoros del Museo de América en la misma ciudad. Por ello se le conoce a veces también como *Códice de Madrid*. Pintado sobre papel de amate (del género de los *figus*), se conserva en dos partes separadas, ambas dobladas en forma de biombo y de aproximadamente 23 cm. por 12.2 cm. La llamada sección *Troana* consta de 35 “hojas” y la *Cortesiana* de 21.

Este códice es uno de los tres de origen maya prehispánico que aún se conservan. En opinión de J. Eric S. Thompson, procede del ámbito yucateco, en la zona costera occidental de la península, tal vez de

Chamotón (Campeche) o de algún lugar cercano. Su fecha de elaboración se sitúa entre los siglos XIV y XV d. C.

Respecto del contenido de este códice puede decirse que en él se incluyen diversos conjuntos de registros calendáricos, en función sobre todo del *tzolki'n* o cuenta de carácter astrológico de 260 días. Sobre la base de estos cómputos calendáricos los *ah ki'noob*, o sacerdotes especializados en las cuentas de los días, formulaban sus pronósticos y disponían asimismo la celebración de distintos rituales. En este códice, pronósticos y rituales se vinculan principalmente con propiciaciones de la lluvia, con todo lo tocante a los ciclos agrícolas así como con la cacería, la apicultura y, de modo especial, con el quehacer de los mercaderes. Sobre este último punto versan algunas de las páginas del códice, entre ellas las 52 a 55. Precisamente en las páginas 75-76 de este manuscrito prehispánico maya es donde aparece una de las más antiguas representaciones mesoamericanas del mundo.

2. CARACTERÍSTICAS DEL CÓDICE FEJÉRVÁRY-MAYER

Aunque también se trata de un códice prehispánico, el *Fejérváry-Mayer* tiene un origen muy distinto. Su aspecto físico es el de un conjunto de 22 “hojas”, pintadas por ambos lados y plegadas también a modo de biombo o acordeón. Elaborado sobre tiras, casi seguramente de piel de venado, tiene en su conjunto, desdoblado, una longitud de 3.85 metros. En cambio, doblado, es de forma casi cuadrangular, aproximadamente de 17.5 cm. de altura por otro tanto de anchura. No se sabe cómo llegó a Europa, pero en 1867 pasó a pertenecer al Museo de la ciudad de Liverpool, en Inglaterra.

El eminente investigador Alfonso Caso postuló como zona de probable origen de este manuscrito y de otros afines a él —como los códices *Borgia*, *Vaticano B*, *Cospi* y *Laud*— la región poblano-tlaxcalteca. Su afirmación tuvo como apoyo las semejanzas iconográficas y de representaciones glíficas de éste y los otros códices con respecto a las pinturas descubiertas en un altar prehispánico, en Tizatlán, Tlaxcala. Elemento complementario para enunciar esa tesis la obtuvo de la cerámica policroma de Cholula, con rasgos pictográficos también muy semejantes. Caso amplió más tarde su señalamiento sobre el probable origen de este códice, haciendo referencia a la región de Tehuacán en Puebla y de Teotitlán del Camino en Oaxaca, aceptando la posibilidad de un *continuum cultural* en la zona designada como de la Mixteca-Puebla. Otros investigadores han asignado al *Fejérváry-Mayer* y a los

otros códices afines procedencias distintas, sobre todo del ámbito de los pueblos de lengua y cultura mixtecas. Por mi parte, en un trabajo que presenté en la II Reunión sobre Códices que se celebró en octubre de 1985, en el Museo Nacional de Antropología, llegué a conclusiones que aquí sólo enunciaré.

Atendiendo a las representaciones que hay en él de dioses como *Tezcatlipoca, itztli, Xilonen, Mayáhué, Xiuhtecuhtli, Tlahuzicalpantecuhtli, Chantico, Xólotl, etc.*, adorados en el altiplano central, considero que este códice guarda relación con dicho ámbito, que es el de la cultura náhuatl. Encuentro asimismo elementos que denotan contactos con el ámbito mayense. Entre ellos están precisamente la representación del mundo que aquí comparo con la que aparece en el códice maya *Tro-Cortesiano*. Asimismo he mostrado la existencia de otros elementos del ámbito oaxaqueño, en particular mixteco y cuicateco. En lo que concierne a la influencia mixteca, ésta es visible en la iconografía y en general en la pintura y delineación de las figuras que guardan semejanza con otros manuscritos mixtecos como el *Códice Vindobonense* y el *Nuttall*. A todas estas interrelaciones hay que sumar otro hecho de importancia central.

Como en el caso del *Tro-Cortesiano*, también en este manuscrito hay varios conjuntos de cómputos de acuerdo con el calendario astrológico y ritual de 260 días. Tales formas guardan diversas relaciones con pronósticos y rituales. Ahora bien, un cierto número de éstos concierne a las actividades de los *pochtecas* o mercaderes. En algunos casos hay identidades sorprendentes en lo que se expresa en el códice y diversos textos en náhuatl de la tradición prehispánica, sobre todo de los incluidos en los códices *Florentino* y *Matritenses*, que conservan los testimonios de los informantes de Fray Bernardino de Sahagún.

3. EL FEJÉRVÁRY-MAYER Y LOS POCHTECAS

Como es sabido, los *pochtecas* o mercaderes ejercían su comercio a través de dos rutas principales. Partiendo de lugares de la región del altiplano central (como Tlatelolco, Tenochtitlan, Cholula, etc.) marchaban a Tuxtepec, al norte de Oaxaca, ya en la vertiente del Golfo de México. Tuxtepec era un centro muy importante de intercambio y a él concurrían nahuas, mixtecas, cuicatecas, chinantecas y de otras regiones. Desde Tuxtepec grupos de mercaderes bajaban hacia las costas del Golfo de México para llegar a otro importante centro comercial: Xicalanco, en la Laguna de Términos. Allí estos mercaderes entraban en contacto con

el mundo mayense. Algo parecido ocurría también con los *pochtecas* que, desde el mismo Tuxtepec se dirigían hacia Chiapas, hasta llegar a Ayutla en la actual Guatemala.

La convergencia de todo esto —presencia de elementos del altiplano y de los ámbitos mayense, mixteco y cuicateco en este códice— así como las secciones del mismo que tienen que ver con pronósticos y rituales de interés para los mercaderes, me han llevado a proponer que se trata de un manuscrito que perteneció a un grupo de *pochtecas*. Estos —con base en los dioses que adoraban— se no muestran como oriundos de la región central y de cultura náhuatl. Pero a la vez tales mercaderes eran portadores de influencias y de elementos culturales de los otros mencionados ámbitos de Mesoamérica. Cabe reconocer que este códice, desde el punto de vista de la finura de su elaboración y de sus semejanzas iconográficas con las de algunos manuscritos procedentes de la Mixteca, pudo elaborarse en algún lugar de esa región. En cambio, por su contenido con deidades fundamentalmente del altiplano central y con la inclusión de las influencias mayenses y de otros ámbitos, se nos muestra como un códice en el que se trasluce un *continuum cultural* mesoamericano en el posclásico.

4. IMAGEN DEL MUNDO EN LA PRIMERA “PÁGINA” DEL FEJÉRVÁRY-MAYER

En la página que aquí se reproduce hay una representación del espacio horizontal del universo con un conjunto de glifos calendáricos que se integran al ámbito cósmico. La suma de esos glifos forma un *tonalpohualli* (“cuenta de los días”, o sea la del calendario astrológico ritual de 260 días). Este calendario tenía importancia clave en toda Mesoamérica. Sin entrar aquí al problema hasta hoy no esclarecido de su origen, diré sólo que funcionaba sobre la base de veinte signos de días precedidos por un numeral, del 1 al 13. Esos trece números y los veinte signos de los días se combinaban en secuencia no interrumpida, de tal suerte que, si a los trece primeros signos corresponden los numerales del 1 al 13, con el signo décimocuarto vuelve a hacerse presente el número 1 y así sucesivamente, hasta que las series de los 13 números se combinan con los 20 signos. Así se forman las veinte trecenas ($20 \times 13 = 260$) que integran una cuenta de días, *tonalpohualli* entre los nahuas y *tzolki'n* entre los mayas. Sobre la base de esta cuenta calendárica se daba nombre a todos los días del año solar de 365.

EL TONALPOHUALLI

Cipactli (<i>Lagarto</i>)	1	8	2	9	3	10	4	11	5	12	6	13	7
Ehecatl (<i>Viento</i>)	2	9	3	10	4	11	5	12	6	13	7	1	8
Calli (<i>Casa</i>)	3	10	4	11	5	12	6	13	7	1	8	2	9
Cuetzpallin (<i>Lagartija</i>)	4	11	5	12	6	13	7	1	8	2	9	3	10
Cóatl (<i>Serpiente</i>)	5	12	6	13	7	1	8	2	9	3	10	4	11
Miquiztli (<i>Muerte</i>)	6	13	7	1	8	2	9	3	10	4	11	5	12
Mázaatl (<i>Venado</i>)	7	1	8	2	9	3	10	4	11	5	12	6	13
Tochtli (<i>Conejo</i>)	8	2	9	3	10	4	11	5	12	6	13	7	1
Atl (<i>Agua</i>)	9	3	10	4	11	5	12	6	13	7	1	8	2
Itzcuintli (<i>Perro</i>)	10	4	11	5	12	6	13	7	1	8	2	9	3
Ozomatli (<i>Mono</i>)	11	5	12	6	13	7	1	8	2	9	3	10	4
Malinalli (<i>Hierba</i>)	12	6	13	7	1	8	2	9	3	10	4	11	5
Acatl (<i>Caña</i>)	13	7	1	8	2	9	3	10	4	11	5	12	6
Océlotl (<i>Tigre</i>)	1	8	2	9	3	10	4	11	5	12	6	13	7
Cuauhtli (<i>Águila</i>)	2	9	3	10	4	11	5	12	6	13	7	1	8
Cozacuauhtli (<i>Zopilote</i>)	3	10	4	11	5	12	6	13	7	1	8	2	9
Ollin (<i>Movimiento</i>)	4	11	5	12	6	13	7	1	8	2	9	3	10
Técpatl (<i>Pedernal</i>)	5	12	6	13	7	1	8	2	9	3	10	4	11
Quiáhuitl (<i>Lluvia</i>)	6	13	7	1	8	2	9	3	10	4	11	5	12
Xóchitl (<i>Flor</i>)	7	1	8	2	9	3	10	4	11	5	12	6	13

Por otra parte, sólo cuatro de estos signos de los días —*Acatl* (Caña), *Técpatl* (Pedernal), *Calli* (Casa) y *Tochtli* Conejo), precedidos también de uno de los números del 1 al 13—, eran los que daban nombre a los años. El conjunto de los cuatro signos con los distintos numerales del 1 al 13 ($13 \times 4 = 52$) integraba un *xiuhmolpilli* o “atadura de años”, ciclo básico al fin del cual se renovaba el fuego sagrado. Siendo imposible detenernos en las sutiles complejidades del calendario mesoamericano, ofrezco la transcripción de la tabla del *tonalpohualli*, según la elaboró esquemáticamente Alfonso Caso.

Ahora bien, incorporar a la imagen del espacio horizontal del mundo esta cuenta de 260 días fue señalar plásticamente las interrelaciones del tiempo y todos sus destinos con el espacio, ámbito asimismo de un gran conjunto de símbolos.

5. INTEGRACIÓN DEL TIEMPO EN EL ESPACIO CÓSMICO

En la “página 1” de este manuscrito, el mundo aparece orientado hacia *Tlapcopa*, el “rumbo de la luz” (el oriente). Como indicadores de cada uno de los cuadrantes cósmicos aparecen, incluidos en sendos círculos, en los cuatro ángulos extremos, los glifos portadores de los

años: *Acatl*, Caña (oriente), ángulo superior izquierdo, siguiendo luego en sentido contrario al de las manecillas del reloj, *Técpatl*, Pedernal (norte); *Calli*, Casa (poniente), y *Tochtli*, Conejo (sur),

En el centro, que es el ombligo del universo, hay un espacio cuadrangular con el dios del fuego, *Xiuhtecuhtli*. Hacia la figura del dios convergen los cuatro sectores cósmicos. Cada uno está constituido por dos elementos. Uno es un espacio trapezoidal que incluye en cada caso dos deidades, un árbol y un ave cósmicos. Otro lo forma un espacio oblongo a modo de herradura, situado en cada ángulo de la imagen del universo. En los extremos superiores de tales espacios oblongos están los círculos con los glifos portadores de los años sobre los cuerpos de cuatro aves.

La integración del tiempo al espacio cósmico no sólo está indicada por los glifos portadores de los años sino también por una doble presencia del *tonalpohualli*, la cuenta de los 260 días y sus destinos. En ambos casos los glifos de los días aparecen orientados, en grupos, hacia los cuatro cuadrantes del universo.

La cuenta se inicia con el primero de los signos del *tonalpohualli*, *cipactli* (lagarto), que aparece arriba del ángulo superior derecho del cuadrángulo central y casi al pie de una de las dos deidades al comienzo del espacio trapezoidal que corresponde al oriente. A continuación, sobre la cabeza del *cipactli*, dentro de la franja roja que delimita al espacio trapezoidal, hay 12 pequeños círculos. Indican ellos los siguientes 12 días de la primera trecena del *tonalpohualli*. Luego, en el ángulo superior derecho de la misma franja roja, se mira el signo de *océlotl* (ocelote) o tigre —décimocuarto en los glifos de los días— al que correspondería (en una representación no esquemática) el glifo numérico de 1, puesto que allí se inicia la segunda trecena del *tonalpohualli*. El registro completo de éste puede “leerse” puntualmente siguiendo la franja roja y recorriendo luego el espacio oblongo a modo de herradura en el caso del rumbo del oriente. Otro tanto debe hacerse con las franjas de los espacios trapezoidales y oblongos de distintos colores que corresponden sucesivamente al norte, poniente y sur.

Se encontrará así que, después del signo de *océlotl*, al que siguen 12 círculos, vienen los otros signos del *tonalpohualli*, siempre con sus series intercaladas de doce puntos, en el siguiente orden: *mázatl* (venado), *xóchitl* (flor), *ācatl* (caña), *miquiztli* (muerte), *quiáhuatl* (lluvia), *malinalli* (hierba torcida), *cóatl* (serpiente), *técpatl* (pedernal), *ozomatli* (mono), *cuetzpalin* (lagartija), *ollin* (movimiento), *itzcuintli* (perro), *calli* (casa), *cozcaquauhtli* (águila de collar), *atl* (agua), *ehécatl* (viento), *quiauhtli* (águila) y *tochtli* (conejo) que introduce al vigésimo grupo de trece días. La

suma de los veinte signos, con sus correspondientes doce círculos cada uno, integra las trecenas ($20 \times 13 = 260$ días), es decir, un *tonalpohualli*.

En esta misma imagen del espacio cósmico hay un segundo registro del *tonalpohualli*, muy simplificado y distribuido en cuatro columnas de cinco glifos. Se sitúan éstos al lado izquierdo del correspondiente espacio oblongo del rumbo hacia el cual se orientan. Así, con el desarrollo completo del *tonalpohualli* y, con una representación esquemática, la cuenta que señala los destinos y da nombre a cada uno de los días a lo largo del año solar, se integra y orienta en la plenitud de los cuadrantes del mundo, permeándolos de significaciones que los sacerdotes debían interpretar. Nada en el tiempo ni en el espacio dejaba de estar afectado por los destinos inherentes a las varias medidas del tiempo. Esta intrínseca relación espacio-temporal se representa asimismo en las “páginas” 75-76 del manuscrito maya conservado en el Museo de América, en Madrid (*Códice Tro-Cortesiano*).

6. LA IMAGEN DEL MUNDO EN EL *CÓDICE TRO-CORTESIANO*

En este caso, con los glifos mayas que expresan la orientación de los años se integran también tiempo y espacio. “Leyendo” a partir del ángulo inferior izquierdo (y luego en sentido contrario al de las manecillas del reloj), cabe decir: *uxokol hab ti lak'in*, “cuenta del año del oriente”; *uxokol hab xam-xib*, “cuenta del año del norte”; *uxokol hab chik'in*, “cuenta del año del poniente”, y *uxokol hab nohol*, “cuenta del año del sur”. Además, de manera muy semejante a lo expresado en el *Fejérváry-Mayer*, también en el *Tro-Cortesiano* se registra una doble cuenta de 260 días. Por una parte, en torno al rectángulo central hay asimismo 4 grupos de cinco signos de los días que se corresponden en igual orden con los cuatro agrupamientos de cinco signos al lado de los espacios oblongos del *Fejérváry-Mayer*.

Por otra parte, en este *códice Tro-Cortesiano* se ven, hacia cada rumbo del universo, marcando la secuencia con huellas de pies, 4 columnas en cada cuadrante, con signos de los días seguidos de pequeños círculos hasta alcanzar la cifra de trece, registrada asimismo al modo maya con dos barras y tres puntos ($4 \times 13 \times 4 = 208$ días), a los que deben sumarse los otros cuatro agrupamientos de 4 signos de días seguidos en cada caso de 12 puntos hasta llegar a 13 ($4 \times 13 = 52$ días). La suma de los 20 signos de los días y del conjunto de los pequeños círculos ($52 + 208 = 260$) muestra que, como en el *Fejérváry-Mayer*, también en el *Tro-Cortesiano*, la cuenta de días y destinos se integra al espacio cósmico.

7. EL GRAN CONJUNTO DE LOS SÍMBOLOS CÓSMICOS

Puestos de relieve estos rasgos, presentes en ambos códices, concentraremos ahora la atención en las representaciones de las deidades, árboles, aves, colores y otros elementos, tal como se dibujan en el *Fejérváry-Mayer*. Comenzando con la figura que aparece en el cuadrángulo o “región del centro”, el color rojo de su cuerpo, la pintura amarilla en su rostro, con la parte inferior del mismo negra, así como la franja del mismo color a la altura del ojo, el pájaro de plumas azules (*xiuhtótotl*) en su tocado, y el colgante a modo de anillo azul sobre su pecho, denotan que se trata de *Xiuhtecuhtli*, señor del fuego. De él precisamente se proclama en un *Huehuetlahtolli* del *Códice Florentino* (libro VI, fol. 71 v.) que es:

In teteu inan, in teteu itah, in Huehueh teutl, in tlalxicco onoc... in Xiuhtecuhtli...

Madre de los dioses, Padre de los dioses, el Dios Viejo, el que está en el ombligo de la tierra... Xiuhtecuhtli...

Lleva además un haz de flechas en la mano derecha y un lanzadardos en la izquierda. Cuatro chorros rojos, que provienen de él, van a dar, comenzando por el rumbo del oriente, a una mano, al hueso descarnado de un pie (norte), a los huesos de un dorso descarnado (poniente) y a una cabeza con la pintura facial de *Tezcatlipoca* (sur). No pudiendo ofrecer una explicación que esté fuera de duda acerca de esos cuatro símbolos, diré al menos que todos ellos parecen guardar relación con atributos del mismo dios, entendido como otro título de la divinidad suprema. El es señor del espacio, *Tloqueh Nahuaqueh*, “dueño del cerca y del junto”, y también del tiempo.

Respecto de los otros ocho dioses cuyas imágenes se incluyen por parejas en los respectivos espacios trapezoidales, importa destacar que, junto con *Xiuhtecuhtli*, integran el grupo de los que se conocen como “Señores de la noche”, es decir de las distintas horas nocturnas. Comencemos por los dioses que aparecen en el cuadrante del oriente, y sigamos en sentido contrario al de las manecillas del reloj, es decir, siempre de derecha a izquierda.

Oriente (a la derecha): Itztli, dios cuchillo de pedernal (otro título de *Tezcatlipoca*); (a la izquierda): Tonatiuh-Piltzintecuhtli, el Sol como deidad joven.

Norte (a la derecha): Tepeyollotli, corazón del monte; (a la izquierda): Tláloc, dios de la lluvia.

Poniente (a la derecha): Tlazoltéotl, diosa del placer; (a la izquierda): Chalchiuhtlicueh, la de la falda de jade, deidad acuática.

Sur (a la derecha): Cintéotl, dios del maíz; (a la izquierda): Miclantecuhtli, dios de los muertos.

8. TLAPCOPA: “REGIÓN DE LA LUZ” (EL ORIENTE)

Fijémonos ahora en los colores y otros elementos asociados a estas parejas en los distintos cuadrantes cósmicos. En el oriente están los dos dioses circundados por una franja roja y tienen ante sí un árbol sobre una representación del sol, la que a su vez se halla encima de la plataforma de un templo. Es éste un árbol florido con tronco y ramas de color azul. Sobre él posa un ave quetzal. El conjunto da la impresión de una figura en T. El árbol podría designarse como *quetzalquáhuatl*, “árbol quetzal”. A la izquierda, en el espacio en forma de herradura, bajo el ave que lleva el círculo con el símbolo del año *Acatl* (caña), se ve en este códice una planta en una de cuyas ramas está posada un ave con un disco amarillo en su pico. La comparación con los elementos incluidos en códices como el *Borgia* y el *Vaticano B*, lleva a pensar que connotan un tiempo de *tonalli* o destino favorable.

9. MICTLAMPA: “REGIÓN DE LOS MUERTOS” (EL NORTE)

En el norte, dentro de la franja de color amarillo que limita al espacio trapezoidal, en medio de los dos dioses, se yergue otro árbol de color azul con espinas y dos ramas horizontales que rematan en brotes con flores. Sobre el árbol, verosíblemente un mezquite, descansa lo que parece ser un águila. El árbol se halla sobre un recipiente con ofrendas de sacrificio. En él hay una bola de hule, un hueso y una púa de maguey.

En el espacio oblongo se ve arriba una guacamaya portadora del círculo con el glifo Técpatl (pedernal). Dentro del dicho espacio hay una avecilla de pico largo. Las representaciones que acompañan al comienzo del correspondiente cuarto de la cuenta de *tonalpohualli* en los citados *Vaticano B* y *Borgia*, muestran que se trata de un periodo de sequía y adversidad.

10. CIHUATLAMPA: “REGIÓN DE LAS MUJERES” (EL PONIENTE)

En el poniente, dentro de la franja de color azul que limita el espacio trapezoidal, en medio de las dos diosas, está un árbol de tronco blanco con brotes y dos largas ramas horizontales que terminan en bolas de plumas. Sobre él se yergue un *huitzitzilin*, colibrí. El árbol cósmico descansa sobre lo que parece ser una olla con rasgos verosímilmente de una deidad nocturna, cuando el sol ha entrado ya en su casa por el poniente. Pasando al espacio oblongo a la izquierda, se ve una cactácea florida cuya raíz es la cola de una serpiente coralillo. Sobre dicha figura vuela otra águila portadora del círculo con el signo de *calli* (casa). Según los códices *Vaticano B* y *Borgia*, el lapso de este cuarto del *tonalpohualli*, que empieza con el día *1-Ozomatli* (1-Mono), puede ser tiempo de superabundancia de agua.

11. HUITZTLAMPA: “REGIÓN DE LAS ESPINAS” (EL SUR)

Finalmente, en el rumbo sur la franja que circunda al espacio trapezoidal es de color verde. En medio de los dioses hay un árbol de cacao, que brota de las fauces del monstruo de la tierra. Sobre el árbol se posa un perico, verosímilmente un *cocho*. A la izquierda, dentro del correspondiente espacio oblongo, se yergue una planta de maíz con un conejo en su parte de abajo. Dicho animal guarda obvia correspondencia con el signo de *Tochtli* (conejo), que se ve en el círculo sobre el cuerpo de otro perico. Obviamente se trata de un año que, según la creencia prevalente en el mundo náhuatl, “se aconejaba”, es decir que era de sequía y hambre. Sobre dichos años “aconejados” se trata ampliamente en el *Códice Florentino* (libro VII, fol. 14 v.)

Así temían en extremo, se afligían cuando se establecía un año 1-Conejo... porque en él ocurría el hambre...

Como puede verse, hay varias coincidencias entre elementos que se expresan en esta compleja primera página y otras tantas tradiciones y creencias del mundo náhuatl. Sobresalen las referentes a la simbología de los nueve dioses, su carácter de “Señores de la noche”; la posición central de *Xiuhtecuhtli*, “que está en el ombligo de la tierra”; el papel de *Tezcatlipoca* como señor del tiempo y el espacio; el destino de hambre del año 1-Conejo... En lo que toca en cambio, a la forma de

representar la integración de tiempo y espacio cósmicos, la semejanza es muy grande respecto de lo consignado en las páginas 75-76 del manuscrito maya *Tro-Cortesiano*.

12. LOS COLORES CÓSMICOS

Aparecen éstos en las franjas que delimitan los espacios trapezoidales: oriente-rojo, norte-amarillo, poniente-azul, sur-verde. La comparación de estas relaciones entre color y rumbo cósmico muestra que existen variantes en otros códices emparentados estilísticamente con éste y, también, dentro de un mismo código. Puede inferirse de ello que en dicha relación color-rumbo cósmico entran otros factores que no son necesariamente debidos a variantes regionales. El examen de buen número de escenas o representaciones en los códices del grupo *Borgia* (al que pertenece éste) y en otros de la región central (*Borbónico, Telleriano...*) juntamente con el análisis de tradiciones relacionadas con los colores, permite elaborar la siguiente tabla de los colores cósmicos.

RUMBOS	COLORES IDENTIFICADORES	COLORES MENOS FRECUENTES
oriente	rojo	amarillo
norte	negro	rojo, amarillo
poniente	blanco	azul
sur	azul	rojo, verde

Los colores que aparecen en las franjas de los cuatro rumbos en los cuatro rumbos en el *Fejérváry-Mayer* ostentan, en un caso (oriente), el color identificador o más frecuente y, en los tres restantes, colores menos veces presentes pero asimismo asociados a dichos rumbos: norte-amarillo, poniente-azul, sur-verde.

13. DOS REPRESENTACIONES FUNDAMENTALES EN EL PENSAMIENTO MESOAMERICANO

Para quienes estén poco familiarizados con el gran conjunto de símbolos, creencias, rituales y cómputos calendáricos que se desarrollaron en Mesoamérica, resultará sorprendente y aun misteriosa la elaboración de imágenes cósmicas como las que aparecen en las páginas de estos dos códices. Como dijimos al principio, hubo en este ámbito de alta



cultura del Nuevo Mundo diversos modos de representación cartográfica. Pero a la vez existieron también otras formas, sumamente complejas, de concebir y delinear desde una perspectiva abierta a toda clase de connotaciones, no ya una región determinada sino el ámbito pleno del universo, escenario de las acciones de hombres y dioses.

Tal vez podría decirse que estas imágenes plásticas del universo subyacían de algún modo, como en un estrato profundo, en la conciencia de quienes querían situarse en tal o cual lugar de la tierra en que vivían. No es extraño, por tanto, encontrar incluso en los mapas indígenas que ostentan ya influencia europea, algunos de los elementos de la imagen cósmica primordial. Entre tales elementos aparecen a veces árboles y aves cósmicas, dioses determinados o signos calendáricos que apuntan quizás hacia *Tlapcopa*, el “rumbo de la luz” (el oriente) o hacia *Cihuatlampa*, “región de las mujeres” (el poniente).

Integrándose los ritmos del tiempo en el enjambre de símbolos de cada uno de los cuadrantes cósmicos, el mundo se henchía de significaciones. No había espacios vacíos porque, además de que por ellos se hacían sentir las influencias de los destinos propios de cada medida del tiempo, también concurrían allí las presencias de los dioses, en ámbitos multicolores y en un universo de vida con árboles y animales sagrados. Las imágenes aquí analizadas son testimonio de afanes milenarios en los que, por los caminos de la magia, los rituales y el saber acerca del tiempo, estuvo inmerso el hombre de Mesoamérica empeñado en entrever el misterio de su propio destino.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS